

(Siguiendo la tradición de las ermitas erigidas al mártir san Sebastián, las iglesias que se levantaron para rendir culto

• ANÁLISIS

CUARENTA aÑOS DESPUÉS

DOMINGO-LUIS HERNÁNDEZ*

Mucho tiempo después el sobrino lo disculpó. Dijo que su tío no se había negado a publicar *Cien años de soledad*.

Cierto; no se negó a publicar y no publicó Carlos Barral en la editorial que dirigía la novela de Gabriel García Márquez. Ruido, sin embargo, que se hizo popular y duró muchos años sin que los protagonistas aclararan del todo lo que pasó. Quién dejó escurrir la sospecha, no lo sabemos. Lo qué sí se constata es que tal hecho nos ha dejado persistir, con mayor o menor rigor, en el convencimiento de que Carlos Barral no publicó *Cien años de soledad* porque no le dio la gana.

Las Memorias siempre sirven para algo, nos quiso convencer Alejo Carpentier con la suplantación (o recreación) de la voz de Colón en *El arpa y la sombra*; al menos sirven para ensayar la verdad. No sorprende lo que sostuvo el sobrino. Se parece mucho a lo que Carlos Barral apuntó en el tercer tomo de sus Memorias, las conocidas *Cuando las horas veloces*, que publicó Tusquets en el año 1988.

Por partes. En *Cuando las horas veloces*, se refiere Barral a varias cosas. Una, a lo que significó el Premio Sex Barral para la nueva novela hispanoamericana (basta, al respecto, recordar *La ciudad y los perros*, incluso para compararla formal, temática e ideológicamente con *Cien años de soledad*); dos, que García Márquez nunca presentó manuscrito alguno al premio; tres, que García Márquez fue jurado del mismo y que (cita textual) “sus criterios y recomendaciones, mucho más sutiles y exigentes de lo que él quisiera aparentar, fueron muy tenidos en cuenta”.

Paro en la última y recapitulo: estuvo allí, manifestó criterios y recomendaciones que los responsables de Seix Barral tuvieron en cuenta. Sabía, por tanto, el escritor colombiano de la importancia de la editorial para los intereses y la manifestación de los nuevos valores hispanoamericanos. Sin embargo, García Márquez, que por esa época se encontraba en el trance de dar el sal-



to definitivo como novelista, ¿no se interesó o no se arriesgó a comprometer su obra en (con) un premio que —de ganarlo— lo lanzaría al mercado de este lado del idioma y de todo el idioma?

A lo que iba. Escribe Carlos Barral: “yo no publiqué *Cien años de soledad* a causa de un malentendido, a la falta de una respuesta puntual de un telegrama, y no por un error editorial ni a consecuencia de una torpe lectura del manuscrito —que nunca vi—, como maliciosamente se ha pretendido”. Pongamos, es decir, no dudemos de que esos sean lo hechos; más aún, que eso que apunta Carlos Barral sea sólo la parte más evidente de los hechos, y que, si buscamos y sospechamos, sí hubo manuscrito aunque Barral no lo leyera entonces, que el añadido del telegrama sea la división de los

derechos de edición (como suele ocurrir con García Márquez; recuérdese que más tarde pretendió “salvar” Bruguera con la cesión de los privilegios para España de *Crónica de una muerte anunciada* a precio considerable) o...

Tengo la verdad, pues, por parcial. Y no me importan demasiado las referencias concretas al hecho irrefutable de la publicación, que no lo fue, de *Cien años de soledad* en Seix Barral. Sigue la cita, pero antes quiero puntualizar una cosa: en efecto, la desidia y la maldiciente vagancia de Carlos Barral no se prueba. Si uno repasa las citadas Memorias (desde el volumen primero al último) uno descubre nombres, decisiones, lecturas, elecciones, comentarios y actitudes en Barral que se hermanan. Digo, entonces, que uno puede especular, sacar a la luz las

MUCHO TIEMPO DESPUÉS EL SOBRINO LO DISCULPÓ. DIJO QUE SU TÍO NO SE HABÍA NEGADO A PUBLICAR *CIENT AÑOS DE SOLEDAD*

Novedades

Mi abuelo, de Valérie Mréjen, es algo más que una novela autobiográfica, que una pequeña obra maestra: es el retrato de toda una generación, la de los nacidos a finales de la década de 1960 en medio de un mundo en continua transformación, hecho de escay y de formica, de televisión y festivales de canción ligera. Es más, este libro de Valérie Mréjen logra,

mientras retrata a esa generación, dibujar al mismo tiempo, con pocos trazos, con las palabras justas, un verdadero retrato familiar, y no sólo de una familia real, la suya propia, sino de otras muchas familias posibles. Amores y desamores, divorcios, sospechas de incesto... Este libro se suma a la propuesta de la editorial Periférica para esta primavera: tras presentar a los lectores españoles a varios clásicos inéditos en castellano, ahora apuestan por la obra de

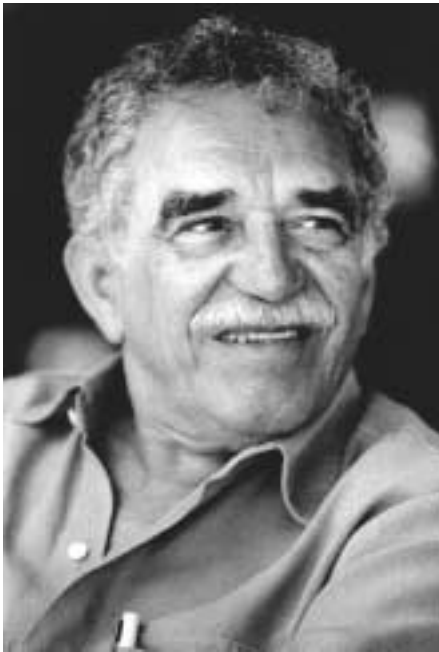


PERIFÉRICA

Daniel Duque
DDUQUED@HOTMAIL.COM

TE-
LE-
TI-
PO.

al santo de Montpellier fueron construidas por lo general junto a los principales caminos de acceso a los núcleos urba- ...



GABRIEL GARCÍA
MÁRQUEZ Y CARLOS
BARRAL.

CIEN AÑOS DE SOLEDAD, MÁS QUE TEXTO Y SÓLO TEXTO, ERA (Y ASÍ SE RECONOCIÓ LUEGO) EL EXPONENTE MÁS RADICAL DE LA “PECULIARIDAD” LATINOAMERICANA Y EL MODELO MÁS SUPREMO DE LA NOVELA “MACHA” HISPANOAMERICANA.



elipsis, a fuer de parecer sesgado o arbitrario, si así se me puede o podrá calificar. La cita sigue, como digo. Escribe Carlos Barral: “Otra cosa es que a mí no me parezca ésa la mejor novela de su tiempo”. Seix Barral era, hacia mitad de los 60, la Editorial con mayúsculas en este lado del idioma. Insisto en que queda en el aire la cuestión verdadera. Porque, a pesar del empeño del sobrino y de sus dotes para salvar lo que supuso salvable de su conocido tío, ese gesto cándido y a la par solidario se arrima sólo a una de las patas de la figura: dado el éxito descollante de *Cien años de soledad* y de su autor, el sobrino se aposta en la atalaya común de los mortales y expertos del idioma para convencernos —que es un modo de mitigar— del vano desliz de su antecesor, sea porque (en verdad) no quiso publicar *Cien años de soledad* (que no lo parece, por lo que el protagonista de la historia cuenta), sea por el “malentendido”, por el telegrama, o... Lo que a mí me parece que se debe subrayar es el hecho de que, quien había editado a Faulkner, a Patrick White, las cartas de Pound a Joyce, a Vittorini, a Gadda, a Gombrowicz, a Christa Wolf, a Bruno Schulz, a Witkiewicz, a Vargas Llosa, a Torrente Ballester, a Félix de Azúa, a Ana María Moix, a Carlos Trías, a Sánchez Espeso..., no era imbécil y que,

a pesar de los hechos que sucedieron y cómo sucedieron, no pueden tomarse sólo por derecho, que es el modo en que se toman. Más aún, en el peor de los casos, ni siquiera puede tenerse por venganza del autor de la novela citada exponer el texto impreso al lado de su corazón antaño agravado por el desliz del torpe editor barcelonés, que no luchó a brazo partido para que *Cien años de soledad* fuera editada en España en el lugar en el que debió editarse. La parte cándida del caso se resuelve, por ejemplo, con la mirada hacia García Márquez jurado de... y la publicación de *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada* en la colección “Hispanica Nova” de Seix Barral... Pero eso no es todo. La historia no fue como se creyó, dijo el sobrino. Y, en efecto, la historia no parece completa contada del modo en que Barral la contó. La pregunta no planteada es ésta: ¿qué habría encontrado —malentendidos y telegramas aparte— Carlos Barral en el manuscrito de Gabriel García Márquez para llevarlo a la estampa —si así hubiera ocurrido— no con tanto entusiasmo como lo llevó el editor de Sudamericana en el año 1967, editorial —por lo demás— fruto del empeño de un español exiliado? Sólo una respuesta cabe en tan tamaño trance, la que se decide por la posición del editor. Recurro a otra intervención de Carlos Barral. Se encuentra en el segundo volumen de sus Memorias, esto es, *Los años sin excusa* (Barral, 1978). Cuenta allí la historia de un enamorado no correspondido. Por el dolor, se sumerge el hombre agravado en la lectura del único escritor que está a su alcance. Otro colombiano: Vargas Vila. Carlos Barral escribe: “Vargas fue la premonición, cua-

renta años antes, del arrollador éxito popular en Cataluña de la prosa, también relativamente almibarada, dentro de todo, de Gabriel García Márquez”. Sea, pues. No fue. Quede dicho. Luego, completemos el panorama. Si el entusiasmo de allí no se correspondió con el de aquí, ha de pensarse que *Cien años de soledad* necesitaba del entusiasmo americano para entender y compartir el entusiasmo de sus páginas, y que España debía de esperar. Así lo enunció Vargas Llosa en su conocido análisis de la novela de García Márquez. Subrayo el arrimo de Vargas Llosa a un término que aplicó al escritor: “bárbaro” (de la conocida disputa decimonónica “civilización” frente a “barbarie”). Ese gesto lo sitúa luego muy bien otro colombiano, R.H. Moreno-Durán, en su espléndido *De la barbarie a la imaginación*. Y más: la destrama de dos signos que Vargas Llosa también usa para el caso: lo “raro” y lo “insólito”. Moreno-Durán se pregunta: “¿hasta que punto ese afán de salir de lo común da categoría ontológica a lo insólito?”, y “¿cuál es la razón social, histórica o antropológica que deposita la esencia «en» esta gradación de lo raro, lo extraño, lo insólito?” La respuesta está en lo mítico, en lo arquetípico, en el mundo que no cambia, en el *tiempo circular*. Ahora podemos precisar. Carlos Barral no andaba por esos caminos. De donde, si hubiera leído para publicar el manuscrito de *Cien años de soledad* —que no vio, según sus palabras—, hubiera encontrado algo que no se correspondía ni ideológica ni fundamentalmente con su tino, el tino que alzó un artificio empresarial y cultural tan brillante como el suyo, ése que ofreció —y ya hemos visto un parco resumen— algunas de las propuestas sustanciales de la novelística en lengua española junto con muestras de la producción narrativa más radical y rigurosa de Occidente. Hubiera encontrado (y encontró después), juntas, contradicciones ideológicas, formales, radicalidad narrativa a veces postiza, desmesura y una exigencia trabada. *Cien años de soledad*, más que texto y sólo texto, era (y así se reconoció luego) el exponente más radical de la “peculiaridad” latinoamericana y el modelo más supremo de la novela “macha” hispanoamericana. “Macha” porque (aparte de los litros y litros de semen que destilan las páginas de ese sector narrativo de Hispanoamérica —las de Gabriel García Márquez a la cabeza, y suponemos que Carlos Barral lo comprobó al leer la triste historia de la cándida Eréndira), “macha” porque *Cien años de soledad* se instituye en la portadora del complot pan-nacional y, como tal, en dueña de la identidad exclusiva y del signo “nación” (frente a la “casa” y el “jardín”, que explicó después de manera excelente la nicaragüense Ileana Rodríguez, por ejemplo). La pluma, así, recupera el requisito ro-

(Pasa a la página 4)

autores internacionales, jóvenes y renovadores de la narrativa de sus países de origen con títulos como *Navidad y Matanza*, del chileno Carlos Labbé (1977), *Un clavo en el corazón*, del portugués Paulo José Miranda (1965) o, en unas semanas, *Saïde*, del colombiano Octavio Escobar Giraldo (1962). Las novelas de Valérie Mréjen han sido definidas por Jean-Luc Douin en el diario *Le Monde* como novelas en Súper 8, como películas del Gordo y

el Flaco filmadas por los cineastas de la Nouvelle Vague. Valérie Mréjen nació en París en 1969. Es una de las escritoras mejor consideradas por la crítica de su país, y también por un cada vez más amplio número de lectores-cómplices, pues las brevísimas novelas de Mréjen se convierten enseguida en libros de cabecera para lectores ávidos de narraciones singulares. Ha sido incluida en los principales recuentos anuales, y todos sus títulos han sido

reeditados varias veces. Ha publicado hasta la fecha tres novelas, que Periférica traducirá al castellano durante los próximos años: *Mi abuelo* (1999), *L'Agrume* (2001) y *Eau sauvage* (2004). En 2006 publicó *Pork and Milk*, un ensayo/documental en forma de libro-DVD sobre el conflicto palestino que alcanzó gran resonancia en Francia.

VALÉRIE MRÉJEN, AUTORA DE
MI ABUELO.

